

CUARTA SECCION.

DE LOS CARACTÉRES NACIONALES (1) EN SUS RELACIONES CON LOS DIVERSOS SENTIMIENTOS DE LO SUBLIME Y DE LO BELLO.

Los *italianos* y los *franceses*, se distinguen principalmente, segun yo, entre todos los demás pueblos de Europa, por el sentimiento de lo bello; los *alemanes*, los *ingleses* y los *españoles*, por el de lo sublime. En cuanto á la *Holanda*, es un país en donde estos sentimientos delicados se hacen notar

(1) Mi objeto no es en manera alguna pintar perfectamente los caracteres de las naciones, sino solamente bosquejar algunos rasgos que expresen sus sentimientos con relacion á lo sublime y á lo bello. Es fácil ver que no se debe exigir de un bosquejo de este género una perfecta exactitud, cuando no buscamos nuestros modelos más que en la muchedumbre de los individuos que tienen pretensiones ó sentimientos más delicados, y que no hay naciones en donde no se hallen individuos que reúnan las más excelentes cualidades de esta especie. Es por lo que una critica que caiga por casualidad en un pueblo, no debe herir á nadie, porque cada uno puede volver la pelota á su vecino. En cuanto á la cuestion de saber si estas diferencias que separan las naciones, son accidentales y dependen de las circunstancias y de las diferentes especies de gobierno, ó si ellas son referentes al clima necesariamente, yo no me he podido ocupar aquí.

poco. Lo bello por sí sólo es arrebatador, y nos atrae; ó bien es alegre, y nos encanta. La primera especie, tiene algo de sublime, y el espíritu, en el sentimiento que en él hay, es pensativo y extasiado; en el sentimiento de la segunda, es alegre y gracioso. Por lo que la primera especie, parece particularmente convenir á los italianos, y la segunda, á los franceses. En el carácter nacional que expresa lo sublime, este es del género terrible y se inclina un poco á lo extraordinario, ó bien se tiene el sentimiento de lo noble, ó bien todavía el de lo magnífico. Por lo que yo creo atribuir el sentimiento de la primera especie á los españoles; el de la segunda, á los ingleses, y el de la tercera, á los alemanes. El sentimiento de lo magnífico no es original de su naturaleza, como las otras especies de gusto, y aunque el espíritu de imitacion se acomoda á todo otro sentimiento, es, sin embargo, más llevado á lo sublime de efecto, porque el sentimiento de este género de sublime no es propiamente más que un sentimiento mixto, en donde entran á la vez el de lo bello y el de lo noble, pero en donde cada uno de estos, considerado por sí mismo, siendo más frio, el espíritu está más libre para seguir ciertos ejemplos, y necesita tambien de su impulso. Entre los alemanes, el sentimiento de lo bello es, pues, ménos vivo que en los franceses, y el sentimiento de lo sublime ménos vivo que en los ingleses; pero les convienen mejor los casos en que estos dos sentimientos deben mezclarse; así evitarán las faltas á que pueden con-

ducir la exageracion de cada una de estas dos especies de sentimientos.

Yo no haré más que tocar ligeramente las artes y las ciencias, cuya eleccion puede confirmar el gusto que hemos atribuido á cada nacion. El génio italiano se distingue principalmente en la música, en la pintura, en la escultura y en la arquitectura. Todas estas bellas artes son cultivadas en Francia con un gusto muy delicado, aunque la belleza sea de ménos atractivo. El sentimiento de la perfeccion poética ú oratoria inclina mas hácia lo bello en Francia y hácia lo sublime en Inglaterra. El chiste delicado, la comedia, la alegre sátira, la jocosidad del amor, un estilo fácil y flexible, todo esto son cosas originales en Francia. Inglaterra, al contrario, es el país de los pensamientos profundos, de la tragedia, del poema épico, de los lingotes de oro que bajo el laminador francés se transforman en hojas delgadas y ligeras. En Alemania, el espíritu brilla aún á través de la locura. Era en otro tiempo chocante, pero gracias á los buenos ejemplos y al buen sentido de la nacion, ha adquirido más gracia y nobleza, aunque la primera cualidad sea allí ménos ingénua, y la segunda ménos atrevida que en los dos pueblos de que acabamos de hablar. El gusto de la nacion holandesa por un órden minucioso y por una elegancia que dá mucho desasosiego y mucho embarazo, indica poca disposicion para estos movimientos naturales del génio, cuya belleza sería sofocada por los cuidados de una tímida presuncion. Nada puede

ser más opuesto á las artes y á las ciencias que un gusto extravagante, porque éste pervierte la naturaleza, que es el tipo de todo lo que es bello y noble: así la nacion española muestra poco gusto por las artes y las ciencias.

Los caractéres de las naciones se reconocen principalmente en sus cualidades morales; es por lo que nosotros vamos á examinar, bajo este punto de vista, sus diversos sentimientos, relativamente á lo sublime y á lo bello (1).

El *Español* es sério, discreto y verídico. Hay en el mundo pocos comerciantes más honrados que los de España. Tiene un espíritu arrogante, y prefiere las bellas acciones á las grandes. Como en la composicion de su carácter se halla poca dulzura y benevolencia, es muchas veces duro y aún cruel. El *auto de fé* no se ha sostenido tanto por la supersticion como por el gusto extravagante de la nacion, que sellaba con el respeto y el temor el espectáculo de los desgraciados cubiertos de figuras diabólicas del *Sambenito*, y llevados á la hoguera que alimentaba una bárbara piedad. No se puede decir que los españoles sean magnánimos ó mas amorosos que ningun otro pueblo, pero son lo uno y lo otro de una manera bizarra é inusitada. Abandonar el arado y pasearse á lo largo de un campo con

(1) Apenas es necesario renovar mi precedente justificacion. La parte distinguida de cada pueblo presenta caractéres dignos de elogio en todos los géneros, y aquel sobre el que cae tal ó cual reproche, si es bastante fino para entender su interés, sabrá exceptuarse por si mismo y abandonar los demás á su suerte.

una gran espada y una capa hasta que pase un extranjero, á bien en una lidia de toros, á donde asisten sin velo en este acto las bellas del país; indicar la soberana de su corazón por medio de un saludo particular, y despues, exponer su vida y su honor, luchando contra un animal feroz, estas son sus acciones extraordinarias, raras y que se separan mucho de la naturaleza.

El *Italiano* parece unir el sentimiento del español al del francés; tiene más sentimiento de lo bello que el primero, y más sentimiento de lo sublime que el segundo. Se puede, segun pienso, determinar fácilmente de esta manera los demás rasgos de su carácter moral.

El *Francés* tiene un gusto dominante por lo bello moral. Es gracioso, cortés y cumplido. Concede muy pronto su confianza, desea agradar, muestra mucha desenvoltura en sociedad, y la expresion de *hombre ó de dama de buen tono* no se aplica propiamente más que á aquel que posee el sentimiento de la urbanidad francesa. Sus sentimientos sublimes mismos, que son numerosos, se hallan subordinados en él al sentimiento de lo bello, y no sacan su fuerza más que de su acuerdo con este último. Desea mostrar su espíritu, y no tiene escrúpulo en sacrificar parte de la verdad á una agudeza ú originalidad. Mas en los casos en que no puede emplear ingenio (1), por ejemplo, en las matemáti-

(1) No se puede estar muy seguro, leyendo las obras de metafísica, de moral y de religion de este pueblo. Se halla allí

cas y en las demás artes ó en las otras ciencias abstractas y profundas, muestra tanta penetracion y solidez como ningun otro pueblo. Una *buená palabra* no tiene para él un valor pasajero, como en otra parte; se empeña en extenderla y áun en conservarla en libros como un acontecimiento importante. Es ciudadano tranquilo, y se venga de la opresion del gobierno por medio de la sátira, ó de discursos en el Parlamento, y cuando los padres del pueblo han mostrado por este medio, segun su deseo, una bella apariencia de patriotismo, todo concluye por un glorioso destierro ó por canciones en su alabanza. El objeto á que se refieren principalmente los méritos y las cualidades de los franceses, es la mujer (1). Esto no es que entre ellos sea más amada ó más estimada que en otras partes, pero ella les dá una excelente ocasion de mostrar en todo su claridad, su espíritu, su amabilidad y sus buenas maneras; por otra parte, las personas

ordinariamente una bella apariencia, pero que no resiste el experimento de un exámen reflexivo. El francés es atrevido en sus expresiones, pero para llegar á la verdad, es necesario ménos atrevimiento que circunspeccion. En la historia refiere voluntariamente anécdotas, á las cuales no les quita más ser verdaderas.

(1) Son las mujeres en Francia las que dan tono á todas las sociedades. Por lo que es necesario defender que sin el bello sexo, las sociedades son bastante insípidas y enojosas, pero que si las damas dan en ellas el tono de lo bello, los hombres, por su parte, deberian dar el de lo noble. Además, las sociedades vendrian á ser completamente enojosas por la razon contraria, porque no hay nada más raro que una dulzura continuada. Segun las costumbres francesas, no se pregunta si el señor está en casa, sino si madame está en ella, madame está en sus vapores (ciertos caprichos); en

vanas de uno ú otro séxo, no aman nunca más que á si mismas; las demás no son más que un juguete para ellas. Sin embargo, como los franceses no carecen de cualidades nobles, sino que estas cualidades no pueden ser excitadas en ellos más que por el sentimiento de lo bello, el bello sexo podria tener en Francia una influencia más poderosa que en otras partes sobre la conducta de los hombres, llevándoles á las nobles acciones, si se piensa en levantar un poco esta direccion del espíritu nacional. Es enfadoso que no puedan reinar.

El defecto á que se acerca más el carácter de esta nacion, es la frivolidad, ó para emplear una expresion más culta, la ligereza. Trata como un juego cosas importantes, y bagatelas como cosas serias. El francés en su vejez canta todavía canciones jocosas, y se muestra en cuanto puede galante cerca de las damas. Yo puedo invocar aquí en mi apoyo grandes autoridades en la nacion misma de que hablo, y para colocarme al abrigo de toda repriminacion, me puedo poner detrás de un Montesquieu y de un d'Alembert.

una palabra, es con madama y sobre madama sobre la que se hacen y giran todas las conversaciones; á ella á quien se refieren todas las partes de placer. Sin embargo, las mujeres no son estimadas bastante. Un hombre que se entrega á las bagatelas, no tiene el sentimiento de la verdadera estima ni el del verdadero amor. Yo no querria por todo el oro del mundo haber dicho lo que Rousseau ha osado sostener: «Que una mujer no es nunca otra cosa que un gran niño.» Mas el ingenioso filósofo de Génova escribia así en Francia, y proba lemente este gran apologista del bello sexo se indignaba de ver que no se tuvo en este pais una verdadera estima por las mujeres.

El *Inglés* es frio al primer paso en sus resoluciones, è indiferente á la vista de un extranjero. Es poco llevado á las pequeñas complacencias; mas desde que viene á ser vuestro amigo, está dispuesto á haceros los mayores servicios. Se inquieta poco por parecer espiritual en sociedad, ó de mostrar en ella bellas maneras, pero es sensato y reposado. Es un mal imitador; no se inquieta del juicio de otro, y no sigue más que su propio gusto. En sus relaciones con las mujeres, no tiene la galantería francesa, pero les manifiesta mucha más estima, y la lleva aún quizá demasiado léjos, concediéndolas en el matrimonio una autoridad ilimitada. Es constante, alguna vez hasta la obstinacion, atrevido y resuelto, muchas veces hasta la temeridad, y fiel á los principios que le dirigen, casi siempre hasta la terquedad. Cae fácilmente en la originalidad, no por vanidad, sino porque se inquieta poco por otros, y no hace voluntariamente violencia á su gusto por complacencia ó por imitacion. Es por lo que se le ama raramente tanto como al francés, mas cuando se le conoce, se le estima ordinariamente bastante.

El *Aleman* tiene un sentimiento que tiene á la vez del de el inglés y del de el francés, pero parece referirse más al primero, y la gran semejanza que tiene con el segundo, es artificial y proviene de la imitacion. El enlaza felizmente el sentimiento de lo sublime al de lo bello, y aunque no se iguale al inglés en el primero y al francés en el segundo, excede á los dos en lo que de ambos toma.

Muestra en el comercio de los hombres más complacencia que el inglés, y si no se conduce en sociedad con una vivacidad tan agradable y con tanto espíritu como el francés, muestra más modestia y juicio. En amor, como en toda otra cosa, es bastante metódico, y como para él lo bello no va sin lo noble, es bastante frío para poder tener en cuenta consideraciones de urbanidad, de punto y de dignidad. Así la familia, el título y el rango, son para él en el amor, como las relaciones civiles, cosas de grande importancia. Se inquieta mucho más que los precedentes *del qué se dirá*, y si siente en sí mismo el deseo de algún gran perfeccionamiento, esta debilidad que le impide atreverse á ser original, aunque tenga todo lo que debe para ello, y este cuidado exagerado de la opinion de otro, quitan toda consistencia á sus cualidades morales, haciéndolos variables y dándoles un aire prestado.

El *Holandés* es naturalmente amigo del orden y del trabajo, y como no piensa más que en lo útil, tiene poco gusto por lo que es bello ó sublime en un sentido más elevado. Un gran hombre, para él, no significa otra cosa que un hombre rico; por amigos, entiende sus corresponsales, y encuentra muy enojosa una visita que no le reporta nada. Contrasta con el francés y con el inglés, y es en cierto modo un alemán muy flemático.

Si ensayamos aplicar estas notas á algun caso particular, por ejemplo, al sentimiento del honor, hallaremos las diferencias siguientes en los carac-

téres de las naciones. El sentimiento del honor es en el francés, *vanidad* (1), en el español, *arrogancia* (2), en el inglés, *soberbia* (3), en el alemán, *orgullo* (4), y en el holandés, *presuncion* (5). Estas expresiones parecen sinónimas al primer aspecto, mas designan diferencias muy notables. La *vanidad* busca la aprobacion, es veleidosa y variable, pero tiene un exterior *cortés*. La *arrogancia* se atribuye toda especie de méritos imaginarios, se cuida poco del voto de otro; sus maneras son duras é *insolentes*. La *soberbia* no es verdaderamente más que la conciencia de su propio mérito, el cual puede muchas veces ser real (y es porque se habla algunas veces de una noble soberbia, miéntras que no se puede atribuir á nadie una noble arrogancia, porque la arrogancia indica siempre una estima de sí mismo exagerada ó falsa); el hombre soberbio se muestra á la vista de los demás *indiferente* y frío. El *orgullo* es un compuesto de soberbia y vanidad (6). Necesita homenajes; así los títulos, la genealogia y el fausto le convienen. El alemán tiene principalmente esta debilidad. Las expresiones *muy gra-*

(1) Eitelkeit.

(2) Hochmuth.

(3) Stolz.

(4) Hoffarth.

(5) Aufgeblasenheit.

(6) El hombre orgulloso no es necesariamente arrogante, es decir, no se forma necesariamente una idea exagerada y falsa de su mérito. Puede estimarse en su justo valor; solamente tiene el mal gusto de hacer ostentacion de él.